

COLECCION LITERARIA

La Fuga Inefable Hacia Ulalume

I

Riela en mi alma tu recuerdo
como la luna sobre el mar...

¡Todo está en mí... y en mí
no encuentro nada!...

L. DE G.

JAMÁS he hablado con De Greiff. Le vi por primera vez en 1916, en un cafetín situado cerca del Teatro Municipal, donde nos reuníamos unos cuantos muchachos. Mientras jugábamos a las carambolas, un hombre de veintiún años, alto, rubicundo, de ojos zarcos y barba sin rasurar, se sentaba solo, a fumar en pipa —cosa extraordinaria en la Bogotá de entonces— y a escuchar la música de una pianola. Parece que le pagaba al mozo del café por que tocara, de treinta a cuarenta veces seguidas, seguidas, la “Despedida de Beethoven al piano”.

Sucedió esto en varias ocasiones. Picado de curiosidad, una tarde le pregunté al mozo:

—¿Quién es el de la pipa?

—El poeta León de Greiff.

—León de Greiff... ¿Será entonces Leo Legris, autor del soneto que comienza: “El micifuz que en mi alcoba dormita | de felpa azul, como un gato de paja | mis papelorios pérfido baraja | lento al girar con pereza exquisita”?

—¡Vaya usted a saberlo!— sentenció el mozo...

Desde aquella tarde he seguido con vivo interés la carrera artística de León de Greiff, sin olvidarme de que en su juventud era él capaz de oír, envuelto en humos de cachimba y de ensueño.

y tantas veces seguidas, la obsesionada música que el Sordo dejó en el viento al despedirse de su piano.

En 1935 supe en Bogotá que De Greiff era empleado modelo de un banco, y que vivía completamente solo, "como un buho", en una modesta pensión. Una tarde de lluvia le vi en un "homildoso" café semipúblico. Ya bien entrado en carnes, de ancha cara coloradota —medio oculta bajo las alas de un sombrero descomunal—, un poco envejecido, la barba menos corta. Pero era el mismo de antes, retraído, silencioso.

Siempre me ha obsequiado sus obras literarias. Cuando me envió Variaciones alrededor de nada y Prosas de Gaspar, terminó así su amable dedicatoria: "Heme permitido agregar 2 ejem. de c/u de mis librefjos, por si usted topa por ahí a quien endilgarlos".

* * *

Descendiente, por el padre, de patricias familias escandinavas, y por la madre de familias antioqueñas, León de Greiff es un caso insólito en las letras colombianas. No ha ganado el favor del público ni ha convencido a ciertos críticos a quienes desdeña. Entre los verdaderos poetas de Colombia, es el menos telúrico y plástico, y el más musical.

De Greiff carece de poderes visuales. No ve, sólo escucha. Su alma lírica se irrita ante algunos aspectos físicos, humanos y culturales del ambiente en que se crió. Sus garzos ojos escandinavos se ciegan bajo la luz del sol tropical, que él dice "agresivo", "estridente" y "grotesco", y su heroico corazón destila rencores al contacto de "la intonsa muchedumbre de pingüinos" que lo rodea, compuesta de gentes "velludas", "hinchadas", "letaes" —"adversas a los corcobos, las jugarretas y el ensueño" . . . "incapaces de interpretar una emoción desemejante a la ritual"— y de gentes de "la turbia ralea del corral y del establo, zurda y fea".

Sus resentimientos alcanzan a la gramática "inane", la retórica "caquésica", la métrica "obsoleta e inofensiva", y aun a la lógica "absurda" y la metafísica, que él llama dócil Celestina. Por eso De Greiff discurre solo por el mundo, sin curarse de lo que de él digan o piensen los demás, listo siempre a refugiarse en su tonel de Diógenes hirsuto, seguro de que su "psique treme, suspira y canta".

De su ambiente ama De Greiff las lluvias trémulas —"lloro cristalino de invioladas monjas rubias"—, porque su lamento asordina sus canciones. Ama el viento que le trae aromas de cedro y de áloe, y tufos salobres y iodados, y que, si es brisa, "balbucea palabras mótulas al modo de Sheherezada", y si se pone turbulento y zumba en los palmares y guadales, es "un arpegio desmelonado" que toca sinfonías beethoveanas "en el lucífago teclado de la noche". Ama el crepúsculo, por quieto y por saudoso. Ama la luna,

"mágico espejo deslustrado", de cuyo fondo mana "la fuente viva y rútila" de sus más íntimos anhelos... Y ama, religiosamente, a la noche, piélagos de músicas inasibles en cuyas ondas vaga su velero fantasmal. En su Noche, el Silencio dice con voz alelada las palabras de la Muerte, y por eso a Ella —deificándola—, eleva de Greiff la cántiga medioeval de sus Letanías:

Yo te amaré con amor infinito
 Noche Eterna;
 Yo te amaré con amor transitorio
 Noche de Fuga;
 Yo te amaré con seráfico amor
 Noche Virgen;
 Y te amaré con amor cerebral, inmaterial, fosforescente, irradiante
 Oh Noche Metafísica;
 bajo la rósea luz de Venus encendida
 Yo te amaré
 Noche Insaciable;
 Yo te amaré bajo la advocación de la romántica Selene,
 Noche Diana;
 pérfido te amaré
 Noche Proclive;
 Yo tempestuoso te amaré
 Noche Vertiginosa;
 Yo te amaré glacial
 Noche Fría;
 Yo te amaré cautivo
 Noche Cauta;
 Yo te amaré cantando a gritos mi pasión
 Noche Desafiante;
 ¡tácito te amaré, Noche Muda!

De Greiff ama también su pipa, cuyo humo melodioso le "da alas azules al ensueño"; su biblioteca, "dulce mansión del reposo instantáneo"; su ancho sofá de velludo, acogedor y discreto; su silencio, "joyel de músicas recónditas"; su pereza sabia, muelle y exquisita — "estanque especular para su narcisismo", cuyas aguas de gamuza tienen pupilas de mil facetas por donde mirar al mundo acerbo; su soledad — "de regazo más acariciador que el de las hembras" —, donde él puede vegetar y esperar el descanso definitivo...

De Greiff ama la aventura exótica, el azar, la armonía, la nietzscheana visión futuradora, y ama sus recuerdos, "lívida caravana de enfermizos fantasmas de lo efímero y lo infinito"... Y por encima de todo quizás, ama a la Muerte — maravillosa danzarina de voz sobria y ojos de esperanza "colmados de hastío" de tácticos glisares, cuyos "giros eurítmicos convergen al céntrico punto de la quietud", y cuyos sollozos son "trémolo arrullo que lo adormece todo".

No ha querido De Greiff someterse a ninguna disciplina intelectual. Vive cautivo de sí mismo, y desprecia los sistemas de pensamiento en que los hombres, en el transcurso ilusorio del Tiem-

po, han pretendido fijar la realidad que se recrea a cada instante. Lee muchos libros —amables unos y amargos los más— y califica así a sus autores favoritos: Baudelaire, cerebral y diabólico; Rimbaud, vagabundo y malévolo; Darío, sensorial; Verlaine, angelical; Villon, ardido y juglaresco; Goethe, jupiterino; Nietzsche, futurista; Lenin, apostólico; Leopardi, amargo; Stendhal, exquisito; Ducasse, atediado; Heine, helado e irónico; Hugo, omniforme; Strindberg, sombrío y laberíntico; Dostoyevsky, desolado, y Poe, lunar, trágico. Al norteamericano eleva De Greiff su pleraria:

Oh, Poe! oh, Poe! oh, Poe!
 genio de Signo fatídico!
 alma que en mí domina!
 Faro de luces negras.
 Acógeme en tu lóbrego retiro de silencio!
 en tu mística pavora!
 ¡Y en el retiro cándido
 de tus amores puros!
 ¡Transportame a las tierras de Weir
 donde Ulalume regó sobre tu alma
 su fragante perfume!

Nacido y criado en Antioquia, donde los estudios de música andan por demás descuidados, De Greiff no tuvo la oportunidad de hacer ningunos, como correspondía a su genio esencialmente fáustico y musical. Se cree a sí mismo "un músico fallido", y por esa ha adquirido la mejor colección de discos de gramófono que existe en Colombia, y satisface sus deseos oyendo músicas del Norte —"arrullo, oscuridad y fuerza"—; músicas eslavas —"luz abismal"— y músicas meridionales —"deleitosa"—, que alimentan todas ellas su "morbosa lujuria de oír". Ama a Chopin, elegiaco; a Schumann, hondo y amoroso; a Haydn, cortesano; a Franck, pulcro y místico; a Mozart, diáfano y sortilego; a Mussorgsky, angustiado y febril; a Rimsky, ebrio de luces y colores; a Debussy, voluptuoso, lejano y sugerente; a Duparc, íntimo, elegiaco y errabundo; a Wagner, "la voz vigía"; a Bach, "añoso templo de armonía"; a Schubert, "rey de los alisos", encarnación del Canto; y por sobre todos, a Beethoven, el Sordo, el torturado e indomado, "Prometeo misterioso, de cántiga secular, plasmada en ebonita" . . .

Creyéndose antiromántico —a veces y por no ser dulce, ni blando, ni quejumbroso—, De Greiff es el romántico sin par en tierras colombianas. Que yo sepa, ningún otro poeta colombiano ha hablado de sí mismo ni tan a menudo ni en forma tan sincera y penetrante. Las cosas externas no le importan. Es un introvertido. Su yo íntimo y trascendente es casi su única preocupación. De sí mismo dice —y lo ha redicho durante veinticinco años— que es un poeta sentimental, señero, arbitrario y adversario de lo manido, de lo absoluto, de lo usual y de lo actual; un "melifluo orate sin

sol ni alegría", boreal, recóndito y cerebral, amigo de paradojas y de befas; un espíritu taciturno y nostálgico, que quiere "morderle los pezones al Enigma y encadenarse a los lasos corceles de la Inconsciencia". Ha querido pasar por un Sigfrido del verso, y ha llegado a compararse con un Don Luis Segundo de Baviera que ríe con risa silente y rota, y que avizora mundos lejanos, ominosos, donde sólo fulge y sonríe Ulalume, la Eterna...

Extranjero en tierras tropicales, De Greiff sueña con su país irreal, feérico, de bosques, de chopos y pinos esqueléticos, rituales —azaroso abrigo de ululantes buhos macabros—, y estepas escuetas y heladas, y mares de glauco y de azul... Un país "sin reyes, tiranos ni presidenzuelos", donde pudiera él vivir solo, dándole "musicalidad exactamente inexpresiva" a su "paisaje de líneas puras y libres", y sin tener que "evadirse por sus campos ilimitados".

En el soledoso silencio de su soñar De Greiff oye la voz de su dulce prometida lejana —"urna de místico perfume"—, mujer rubia, gentil, altiva, intocada, melusina, "cual ninguna botticélica". De noche esa voz viene a sus oídos sordos, como "un són carician-te", cristalino, como "una dulce querella, melodía etérea", que al Amor lo sujeta con hechizo irresistible.

De Greiff es romántico. Es un espíritu que va tras de Ulalume, y que, si en sí mismo se concentra, momentáneamente, encuentra sólo un ensueño, y un vivo anhelo de expresarlo en palabras.

II

Coge, si puedes, esa melodía.
Capta, si puedes, su perfume culto.
¿Quién irá a castigar su libérrima herejía?

* * *

Oiga, entonces, oye, oíd,
cómo improvisa el viento
en las lonas y jarcias de ese buque polífona cantata.

L. DE G.

León de Greiff es un hombre complejo, un artista que ha querido realizar, en el campo de la expresión verbal, un experimento asaz interesante, original y atrevido, que me propongo explicar aquí tal y como lo he sorprendido en sus obras literarias, aunque lo creo fallido en parte.

Teniendo conciencia de "la enmarañada mezcla de sangres", que corre por sus venas, De Greiff se siente contradictorio y armónico. Por su padre, es de estirpe nórdica — sueca, noruega y alemana; por su madre, es de estirpe meridional — latina y semítica. Y seguro de que la sangre es espíritu —se lo dijo Nietzsche—, no

sólo se dice "multánime", sino que se esfuerza por expresar en musicales versos esa "multanimidad", acotando los momentáneos estados de consciencia —varios y opuestos— que su propio capricho toma "como si fuesen los permanentes estados de su ser". Así creó primero tres yoes —suyos los tres y en uno—, y los dotó de peculiares características:

Matías Aldecoa, bardo inédito, truculento, gerifáltico, prístino, ácrata, rimador de libres fantasías;

Leo Legris, taciturno, lunar, hamletiano; y

Gaspar von der Nacht, atediado, brumoso, musicalizante, fáustico, en perenne trance de fuga . . .

A los tres fué añadiendo otros de menor importancia: Erik Fjordson, parecido a Matías; Claudio Monteflavo, parecido a Gaspar; Diego de Estúñiga, ardido, picaresco; Sergio Stepansky, fino, sutil, errátil, canallesco; Guillaume de Lorges, refinado, sensual, descreído y galante; y otros más, y todos en uno, "como cierto aceite".

Más: Creyendo que cada una de esas ánimas ancestrales, por su carácter propio, tiene su equivalente melódico y rítmico, De Greiff trata de relacionar cada uno de esos yoes a un instrumento musical —el fagot, la viola, la tuba, el oboe, el chelo, la trompeta, etc.—, hasta formar una sorprendente orquesta sinfónica de insospechadas posibilidades acústicas y espirituales: el fagot, de esplendentes resonancias, expresa el ánimo de Matías Aldecoa; la viola, de queja masculina, susurrante, expresa el ánimo de Leo Legris; la tuba, honda, monótona, obsesionante, expresa el ánimo de Gaspar, y así, sucesivamente, los demás instrumentos de la orquesta degreiffiana, que no convence, aunque sí arrulla y alucina con su música no oída en lengua castellana, ni en ninguna otra . . .

Para expresar artísticamente la multanimidad de que aquí hablo, De Greiff no sólo ha leído y releído a los más inquietantes autores nórdicos, latinos y hebreos, y ha oído la música de los grandes compositores modernos de igual procedencia, en busca de ideas, actitudes, sensaciones y anhelos y fuerzas que utilizar. También ha estudiado el caudal léxico de varios idiomas, en busca de palabras puramente melódicas, y ha hallado arcaísmos y neologismos expresivos, y aun ha acuñado vocablos necesarios. Ha sacado de los poetas medioevales muchas formas sabias y adecuadas —dezires, layes, rondeles, virolages, etc.—, y de los músicos muchas frases temáticas de gran variedad. Ha creado versos tortuosos, ingenuos, duros, y también, versos sabios, dulces, que se deslizan como hebras de agua en troncos añosos. Ha hecho estrofas y poemas sin medida alguna tradicional, según moldes que no transigen con ingenuismos de cristal ni fáciles melodías de flautas arcádicas. Y ha sometido las palabras, los versos, las estrofas y los poemas a la acción imperiosa de ritmos claros, ágiles y fuertes — ritmos que dialogan locas almas ebrias de personalidad y enamoradas del vicio, de la acritud, del tedio, de la burla y del ensueño. Más que poemas,

ha creado una música de cámara al aire libre — soncillos, ritornellos, minuets, sinfonías, y muy especialmente fugas, que el Viento del Espíritu sacude y transporta al Infinito. . . .

Se ha dicho, y con razón, que el poeta colombiano De Greiff es a la poesía —guardadas las debidas proporciones— lo que Bach, padre de la fuga, es a la música. En efecto, la fuga es la forma que mejor expresa, en tonos y ritmos, las potencias creadoras del espíritu: es el cruce de melódicas asíntotas que, al irse, vuelven, como los astros que giran alrededor del sol. La fuga es iniciación y término, energía quinética que se hace estática para cargarse de quietismo. Fugas son muchos de los cantos de De Greiff: en ellas la frase temática —idea, sonido y emoción conjugados— se confunde a veces con lo Absoluto, y en seguida lo niega, y no se aquieta por más de un instante, y continúa su vuelo icarino hacia playas ignotas que atraen y subyugan.

Si se leyese todos los poemas de De Greiff, en conjunto, darían la impresión inequívoca de una desolada monotonía enloquecedora o asesina. No así si se leen por separado, repetidas veces y en ocasiones diferentes: revelan entonces su singular variedad melódica, y su portentosa riqueza de intuición y de ensoñadora fantasía. La canción greiffiana —unánime, sorda y opaca—, penetra en el alma, y quema y embriaga. . . . Es una canción gris y azulada —sin sol italiano ni tintineo andaluz—, que nada dice y sugiere mucho, compuesta con palabras duras y dúctiles, y suaves y claras —pomas de sangre y de espíritu—, llenas de sutiles aromas; palabras melódicas que giran libremente, ora lánguidas, glisantes. . . ., ora rápidas y enérgicas. Es una canción que solloza y no se queja, trémula, honda.

Para De Greiff el Sueño es lo único que existe. Lo demás es espejismo y cascabeleo. Adora la música, "regocijo de los corazones, quintaesencia del sentir, lujuriosa síntesis del pensar", y no pudiendo crearla en sus puras formas tonales, se entrega a la poesía —"süave leticia, süave eironeia"—, y trata de ponerla en sus canciones, guardando para sí mismo la más íntima vibración de su sueño, que se fuga siempre a las tierras de Weir, donde regó Ulalume sus más ricas y claras esencias.

CARLOS GARCÍA-PRADA,
University of Washington, Seattle, Wash.

